

UN MES.

Madrid. . . . . 4  
Provincia. . . . . 5

# EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. . . . . 40  
Provincia. . . . . 50



LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

## SUMARIO

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

## ROSA.

El marqués de San Mauricio, encargado de una misión diplomática cerca de la corte de Viena, estaba disponiéndose para abandonar por algún tiempo á su familia. En uno de los últimos días de su permanencia al lado de ella, conversaba con su mujer y su hijo en un kiosco de su parque, mientras que sus dos hijas Ana y Luisa se paseaban por el jardín en compañía de Rosa, pupila del marqués y prima suya en grado muy remoto.

Ana y Luisa tenían tanta semejanza que parecían hermanas gemelas. Sus ojos vivos e inteligentes, su maligna y graciosa sonrisa, sus mejillas teñidas de blanco y rosa, sus cabellos negros y brillantes, eran lo mismo en la una que en la otra.

Rosa no era por cierto menos linda que sus hermanas; pero de un género de belleza distinto del de aquellas, y que formaba entre ellas un marcado contraste. Era mas delgada y mas alta que sus amigas: sus cabellos rubios que caían sobre su cuello formando bucles, daban á su fisonomía un aire de sencillez encantador: era algo pálida; pero la menor emoción hacia asomar á su rostro un colorido fresco y ligero. A ratos parecia triste, pero en realidad se encontraba muy feliz: la familia del conde la habia adoptado con tal cariño, que no sentia su horfandad; solo la memoria de su madre le entristecia algunos ratos: procurando con sus recuerdos formarse una idea exacta de ella, se preguntaba á sí misma qué influencia hubiera ejercido sobre el carácter el espíritu de su hija; y entonces se esforzaba en hacer todo lo que suponía que á su madre le hubiera agradado ó hubiera exigido de ella. Pero esta preocupación no alteraba nunca su dulzura y su reconocimiento para los que ella miraba como sus protectores y sus mejores amigos.

—Fernando, dijo el marqués de San Mauricio á su hijo, ¿á qué altura te encuentras con tu prima?

El joven se puso muy encendido y apareció

como vivamente impresionado por esta pregunta. —No comprendo, padre mio, lo que vd. quiere decirme.

—Yo si que lo comprendo; le replicó su padre. Y en verdad que no me causa extrañeza alguna. Ya me figuré yo que esto podría suceder alguna vez, y me alegro, porque en esta ocasion el nacimiento, la educación, la fortuna, todo se aviene perfectamente. Por lo que á ti hace, me parece haber visto con bastante claridad tu interés hacia Rosa. Pero no puedo decir lo mismo respecto de tu prima; y por eso te pregunto á que altura te encuentras con ella.

Fernando no respondió.

—Rosa es muy prudente y muy discreta, dijo la marquesa: sus sentimientos hacia Fernando no pueden ser mas afectuosos; pero los manifiesta con una reserva que es de muy buen agüero pa-

—Entonces no le parecería yo bastante rico. —Lo eres tanto como ella, y debias saberlo si estás en tu juicio, dijo el marqués cruzándose de brazos y mirando fijamente al joven.

—Se indulgente, amigo mio, dijo la marquesa. Vámos, Fernando, explícite sin temor, añadió con toda la dulzura de una madre. Repara que está muy fuera de lugar todo lo que acabas de decir.

—Madre mia, respondió él con el mismo tono embarazoso; mi prima es muy superior á mí por sus cualidades personales, y por lo mismo querria una persona de mas fortuna y mas ilustre nacimiento...

—¿Qué preocupación!... replicó la marquesa.

—Si no encuentras otra dificultad que esa, Fernando, dijo su padre, seguro estoy que á la muchacha no le ha pasado por la imaginación semejante idea. Así, pues, yo me encargo de arreglarlo todo. He de partir dentro de tres dias, y no puedo irme tranquilo sin saber que esto queda completamente arreglado.

El marqués se levantó dirigiéndose en busca de sus hijas; pero Fernando lo detuvo diciéndole con cierto aire de descontento:

—Por Dios, padre mio, hágame vd. el favor de no decirles nada!

El marqués dirigió á su hijo una mirada severa; y volviéndose á sentar le dijo:

—Fernando tú nos ocultas algo... Tú aparentas temer algun obstáculo de parte de Rosa, y los obstáculos proceden de tí. No quiero violentarte en esta parte, y aprecio en mucho la dignidad de Rosa para querer mirarla á tí, toda vez que esto no te honroja. Pero entonces es de creer que tú tienes otros amores, y...

—No, no, padre mio.

—Acaso alguna pasión indigna...

—¡Oh! no me juzgue vd. tan mal. Yo le juro á vd. por el nombre de mi madre, que no soy indigno de ustedes.

Fernando pronunciaba estas palabras con acento de profunda convicción y de verdad.

—Te creo, Fernando, le dijo el marqués alargándole la mano; pero no puedo menos de entrever algun secreto en tus palabras. Espero que tu cariño y tu confianza me lo revelarán, y que á mi regreso me harás conocer tus intenciones y tus propósitos respecto á Rosa.

El marqués se retiró conado en que Fernando abriría á su madre los secretos de su corazón; pero el joven permaneció silencioso y triste, y su madre no quiso renovar aquella conversacion, pues le era enojosa.

Al dia siguiente vinieron muchas personas á despedirse del marqués. Algunas se quedaron á comer, y en este número se contaba su vecino el conde de Saglio y su hijo Federico, joven italia-



Fernando vió á Rosa que se alejaba poco á poco.—Pag. 3.

ra Fernando. Yo creo que no nos dará una repulsa cuando éste nos encargue de manifestarle sus deseos. Pero Fernando, continuó la marquesa ¿qué callado estás? ¿Acaso se habrá equivocado tu padre? ¿Tal vez no amas á tu prima?

—Mi prima no quiere casarse, dijo el joven con aire muy embarazoso.

—Eso es lo que no sabemos, ¿Y si acaso quisiera?

no, de muy buena figura, de mucha imaginación, exaltado y ardiente como todos los jóvenes de su país.

Por la tarde, la sociedad se difundió por el parque formando distintos grupos. Los personajes mas graves eligieron los cuarteles mas afombrados de verdura, en tanto que los jóvenes corrían por los senderos y las calles mas torcidas, sentándose sobre algunos pedruzcos cubiertos de musgo, donde formaban cuadros verdaderamente pintorescos.

Rosa estaba encantadora: un traje de organdi del color de su nombre realzaba las delicadas tintas de su rostro. La calma y la belleza del cielo parecían reflejarse en sus ojos azules y serenos: su paso, lento y cadencioso, le daba la flexibilidad y la gracia de esas ramas tiernas y floridas de los árboles. La admiración con que la contemplaba Federico hubiera llamado la atención de otra persona menos cándida que Rosa. Esta, como de costumbre, siempre que necesitaba alguna cosa se dirigía a su primo, ya fuese para pedirle la sombrilla que había dejado olvidada, ya para que le cogiese una flor, para arreglar las piedras a fin de formar un asiento, ó para separar las ramas que se oponían a su paso; pero por un acaso que parecía inexplicable, Federico estaba ya haciendo lo que Rosa pedía antes que Fernando hubiese hecho ademán de comprenderlo siquiera. Así es que el joven italiano era el que recibía todas las gracias, en tanto que Fernando, pensativo y distraído, parecía entregado á profundas meditaciones, que estaban poco en armonía con los graciosos rostros y los risueños paisajes que por do quiera lo rodeaban.

Ana y Luisa notaron el humor sombrío de su hermano, que estaba sentado en una pequeña altura á corta distancia de ellas, se pusieron de acuerdo, fueron á donde él estaba, le pusieron cada una una mano sobre la espalda, y entonces Luisa, medio tierna, medio burlona, le dijo:

—¿Quién es la hermosa inhumana que causa tu tormento?

—Estoy segura, dijo Ana, que es esa linda viuda Adelaida, que nos mira desde lejos con sus ojos almendrados, y esos cabellos que le caen como las ramas de un sauce lloran.

—¿Qué de necesidades dices! respondió Fernando con melancolía.

—Entonces, dijo Luisa, es sin duda Virginia: mirala cómo aprieta la mano de mamá; sin duda que experimenta ya de antemano cierta ternura filial.

—¿Acabarás? dijo Fernando, poniendo un semblante menos adusto, y golpeando cariñosamente la mequilla de su hermana.

—No es eso, dijo Ana; se trata de saber, no quien se ocupa de Fernando, sino de quién se ocupa él. Pues bien: yo veo que no pierde de vista á Federico. Federico está muy solícito con nuestra prima: así, pues, es Rosa la que inquietá á nuestro querido hermano.

—En eso adelantas una idea muy ridicula, dijo Fernando encendido de cólera.

—Te enfadas, luego he acertado.

—Y tú discurre con el *pues* y el *luego*, ni mas ni menos que pudiera hacerlo un pedante de colegio, dijo Fernando aun mas encolerizado; á fé que sienta eso bien una niña.

—Eres muy injusto y muy cruel con nosotras, preciso es que seas muy desgraciado ó te encuentres enfermo, dijo Ana muy sentida, y sus ojos se humedecieron de pena.

—¿Válgame Dios! dijo Fernando tomando en sus manos las de su hermana, ¡cuánto siento haberme causado esta pena! Pero convenid en que tenéis vosotras la culpa. Cada uno tiene sus días de tristeza, y es preciso que yo me pase los míos. Por lo demás, ¿qué me importa á mi Federico con sus pretensiones y sus ridiculeces? ¿Ni qué me importa Rosa, que al fin y al cabo no es mas que una persona extraña para nosotros?

Las dos jóvenes se miraron una á otra con asombro. No encontraban á Federico pretencioso ni ridiculo; y no concebían cómo Fernando pudiese calificar de extraña á aquella hermana de su corazón, á aquella dulce y amable Rosa, que todo lo embellecía en derredor de suyo, y que tanto se desvivía por toda la familia, en cambio de los cuidados que el marqués de San Mauricio y su esposa le habían prodigado desde que se

encontró huérfana. Iban ya á manifestarle su estrechez, cuando su hermano se levantó precipitadamente, dejándolas en la mayor inquietud.

—Dios mío! ¿qué es lo que tiene nuestro hermano, dijo Ana, el que es tan bueno, tan amable, tan afectuoso? Hace algunos días que está enteramente desconocido. Ríde á los criados, maltrata á su caballo, está impolítico y descortés con Rosa... Y ahora el mal humor se estiende hasta nosotras. ¿Si tendrá algun duelo?... ¿Si estará esperando la marcha de papá para bairse?

—No lo creas, no, respondió Luisa, que desde el principio se habia manifestado mas tranquila que su hermana. Fernando no tiene mas que alguna pena, y esta se la causa Rosa. No hace mas que observar á nuestra prima y mirarla, ya con tristeza, ya con celo: insisto en lo que le dije antes en tono de broma: tiene celos. Pero aquí viene Rosa: vamos á preguntarle. Mirala con qué indiferencia abandona al pobre italiano.

Rosa se adelantaba en efecto, y á medida que se acercaba á sus hermanas, estas notaron fácilmente en ella un reflejo de la tristeza de Fernando; sin embargo, su pena estaba mezclada con tanta dulzura y resignación, que se necesitaba para adivinarla un ojo tan esperto, ó mas bien una amistad tan inteligente como la de las dos hermanas.

—Mis buenas amigas, les dijo Rosa al acercarse á ellas, ¿que se ha hecho vuestro hermano? En la reunión se le echa de menos, y vuestra madre se queja de su ausencia.

—¿Y por qué no eres tú la que te quejas? dijo Luisa, dirigiendo á Rosa una mirada á la vez cariñosa y como suplicante.

—¿Yo? respondió Rosa poniéndose muy encendida... ¿Con qué derecho? Yo podré abrigarme alguna vez por causa de Fernando... pero quejarme ó exigir... eso sería hasta ridiculo.

—Con que es decir que tu te *afliges por causa de Fernando*, replicó Luisa, que se apoderó al momento de esta frase para llegar á su objeto.

—No, no digo precisamente...  
—Tú lo has dicho, querida mía, y no debes retractarte. Ea, pues, le dijo rodeando con uno de sus brazos el delicado talle de la joven; el momento de las confidencias ha llegado. Ven con nosotras á donde no nos vean los demás, y hablemos un rato. Conféstanos que estás quejosa de Fernando: que hace algunos días que no es él mismo: que ha perdido toda su alegría, su complacencia, su bondad...

—Y hasta el cariño que me tenía, añadió Rosa con tristeza. No sé en qué consiste, pero Fernando no me quiere ya: ya no soy su hermana como antes.

—Lo mismo decimos nosotras, Rosa mía. Ahora explícanos, yo te lo ruego, ¿qué piensas tú de esto, y qué es lo que ha hecho Fernando para manifestarte esa indiferencia de que lo acusas?

—Es mas que indiferencia, dijo la joven con voz trémula y entrecortada: es desdén y casi aborrecimiento. El otro día le enseñé un dibujo de un bolsillo, y le pregunté si le gustaría que le hiciese uno igual. «No os toméis esa molestia,» Rosa, me respondió; emplead mejor ese tiempo en obsequio de las personas que amáis, y de eso «os resultará mayor satisfacción.» Despues se retiró sin reparar siquiera en el gran disgusto que acababa de causarme. Ayer todavía fué peor. Le supliqué que me leyera algunas páginas de los *Promessi sposi* que me hace traducir mi maestro de italiano. «No me gustan,» respondió, ni los italianos ni su literatura. «Pero os gusta, ser complaciente con vuestras hermanas, le dije yo. «Sirvo á Ana en todo lo que puedo, y dicen que soy esclavo de Lucia; pero de vos...» ¿Qué!

«¿Yo no soy ya vuestra amiga, Fernando? Y al decir esto, sentía que corrían gruesas lágrimas por mis mejillas... Estaba muy confusa... y él no manifesté el menor interés por verme en aquel estado. Se cruzó de brazos, y mirándome con una ironía y una dureza que nunca hubiera creído posible de él para mí, me dijo: «Sin duda, Rosa, que sois una excelente amiga, muy tierna, muy verdadera, muy confiada sobre toda.» Vme dejé sin querer escuchar ni una sola de las preguntas que iba á hacerle, sin dejarle el menor indicio que pudiese gustarme en el laberinto de suposiciones y de comentarios en que ha dejado mi espíritu. No es esto verdaderamente desconsolador? ¿Y comprendéis vosotras de esto alguna

cosa? En verdad que si he merecido que el hijo de mis protectores y el hermano de mis únicas amigas me dirija esas palabras, debo ser bien culpable; pero aun soy mas desgraciada, porque me es imposible reparar faltas que no conozco, que no se me dejan conocer. Si por el contrario, Fernando es injusto y me atormenta por puro placer, ¡oh, Dios mío! esta injusticia no me es menos dolorosa; entre los dos males, no sabría cuál escoger.

—¿Qué buena eres! dijo Ana.  
Rosa estaba muy pálida y afligida. Sentóse sobre el tronco derruido de un viejo roble, y Luisa le miraba con compasiva ternura. Un ángel como tú no debería sufrir; pero ya conoces aquella sentencia divina: «bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» En fin, yo respondo de mi esclava, puesto que él quiere tomar ese título, y yo te lo llevaré arrepentido, sumiso y mas afectuoso que nunca.

—Dios lo quiera, respondió Rosa, y una sonrisa de desesperanza brilló en sus ojos humedecidos por el llanto.

—Ante todo, dijo Luisa, hay un secreto, un misterio en esta pena que aflige á nuestro Fernando. Este secreto es preciso descubrirlo. Ahora bien, Rosa, habla con sinceridad: ¿tú no lo has adivinado?

—En verdad, Luisa, que no he concebido en esta parte la menor sospecha.

—Pero tú nos ayudarás. Y estrechándose sus manos, se prometieron las dos amigas no des cansar hasta descubrir el motivo de la tristeza de Fernando.

Despues de esta promesa, se dirigieron hácia la casa, en la que toda la sociedad acababa de entrar despues de haber hecho su escursión por el parque. Rosa era la única que había puesto su corazón en la promesa que las tres amigas acababan de hacer de descubrir el secreto de Fernando. Estaba muy lejos de figurarse, como Luisa, que fuese ella la causa de aquellas extravagancias; ó si acaso se las atribuía, era ciertamente buscando otros motivos que el de ser muy amable y muy amada. Por otra parte, en esta alma tierna y compasiva todo tomaba un carácter serio, las impresiones se grababan profundamente, y los sentimientos se revestían de cierto aire de tristeza y gravedad. Rosa seguía, pues, á sus hermanas adoptivas con silencioso recogimiento, pidiendo á Dios entre si que la asistiese en aquella empresa, y que la libertase de servir de motivo de disgusto ó desavenencia á una familia que tanto amaba.

Las jóvenes se acostaron muy ocupadas de su proyecto, que fué tambien, al despertarse, la primera idea que asaltó su mente; pero parecia que Fernando había comprendido su intención, y procuraba sustraerse á la persecución de estas queridas enemigas. Así es que no vino, como de costumbre, á ver á su madre antes de almorzar. En la mesa no alzó una sola vez los ojos para mirar las lindas caras que revolaban hácia él por todas partes: mudaba de conversacion cada vez que sus hermanas ó Rosa le dirigían la palabra; como si temiese que hubieran de hacerle alguna pregunta, ó entretenerle por algun momento; y se retiró antes que se hubiese acabado el almuerzo, dejando disgustados á sus padres, y desesperanzadas á sus hermanas.

Y es que Fernando tambien tenía su objeto, su táctica y su plan de batalla. Ocupado enteramente por la idea que dominaba, y en cuya realización trabajaba solo y sin concurso ni auxilio alguno, se había retirado al punto mas sombrío y menos frecuentado del parque. Esta es la ocasión de decir de él dos palabras á nuestros lectores. Fernando tenía una hermosa figura: sus ojos negros y grandes anunciaban la preciosa alianza de una inteligencia elevada y de un alma sensible. Su rostro tenía todo el interés que inspira la palidez cuando no es producida por alguna enfermedad. Tenía buen cuerpo y un aire elegante, realzado por su sencillez y buen gusto en el vestir. En este momento se había reclinado sobre un banco cubierto de césped, descansando la cabeza sobre su mano. Á la exasperación de que tanto se habían quejado sus hermanas, y que tanta pena causaba á la pobre Rosa, había sucedido un dolor profundo, una melancolía que lo agobiaba. Dejaba correr libremente sus lágrimas, y se postracion y abati-

miento revelaban uno de esos sufrimientos que no se pueden evitar, ó que no se procura combatir.

A este tiempo se oyeron las dos en un reloj inmediato, y aquel sonido que le llegaba á través del verde ramaje y de los resplandores de un hermoso y brillante sol, parecía traerle, á la vez que un rayo de esperanza, todas las angustias de la incertidumbre y de la duda. «Hé aquí el momento, decía para sí: no tardará en venir: hace ocho días que no falta nunca á esta cita misteriosa... Una muchacha hasta hoy tan buena, tan virtuosa... Si no fuera culpable ¿por qué había de ocultarse de mí, de mi madre, de mis hermanas?... ¡Y yo no he tenido aun valor para seguirla!... Es que todavía abrigo algunas dudas en su favor, y quisiera conservarlas... pero ya no me importa: quiero saberlo todo. El otro día la he visto entrar en la casa por donde se pasa al parque de ese Saglio: hoy la seguiré mas lejos todavía... Pero héla allí.»

Fernando acababa de ver á Rosa que se adelantaba poco á poco con un libro en la mano en la calle por donde él dirigía sus miradas: y á favor del follage que le cubría, podía ocultar su presencia en aquel sitio.

El joven contenía su respiración para no ser descubierto. ¡Qué calma y qué tranquilidad en sus pasos! decía. ¡Quién no apostaría su cabeza á que no era posible que copiese el pensamiento del mal dentro de ese exterior tan sereno y apacible!

En aquel momento Rosa interrumpió la lectura para mirar hacia la parte donde estaba oculto Fernando, y este pudo notar en su semblante las inequívocas señales del pesar que la afligía. Cogió una pequeña rama de aliso, y deteniéndolo aun mas sus pasos, la deshojó con cuidado poco á poco su camino. Parecía que algun encanto misterioso la retenía allí y que experimentaba como un vago presentimiento de la presencia en aquel sitio de una persona amada.

Algunos minutos despues desapareció por entre las sinuosidades de un sendero; y cuando Fernando se creyó á bastante distancia de ella para que no oyese sus pasos, siguió la dirección que había tomado, dejando siempre entre ambos una muralla de hojas y de flores.

Esa era la hora en que, según su plan de trabajo, Ana y Lucia se ocupaban alternativamente en la pintura y la música, en una galería que servía de salon en el verano. Rosa tocaba el piano mas tarde, y antes de que hiciera esas escenas misteriosas que tanto inquietaban á su primo, se dedicaba en aquellos momentos al estudio de idiomas, sin salir de su cuarto.

(Se continuara.)

## MISCELANEA.

### AL FONDO DEL OCCEANO.

Sentado el rey Federico I de Sicilia con su hija, una de las mas bellas jóvenes de Europa, en la cima de la formidable roca que domina el Garibidis de los antiguos, fijaba, como otras muchas veces había hecho, su vista en el espantoso golfo que á sus pies mugía. En vano ofreciera las riquezas de su tesoro y los honores de su corte á cualquiera que se atreviese á sumergirse en aquel horrible torbellino y sondear sus misterios, porque hasta entonces ningún hábil pescador, ningún valeroso caballero, había osado tentar á la divina misericordia, arrojándose al precipicio, seguros de hallar en él una muerte inevitable; pero el amor de una mujer joven y hermosa, es mas poderoso que el incentivo del oro y de los honores.

Quando la encantadora hija del rey, partícipe de los deseos de su padre, prodigando su dulce sonrisa á la multitud que la rodeaba, dejó escapar de sus labios de coral algunas palabras de valeroso estímulo, inflamó con ellas un valiente corazón, insensible á una recompensa pecuniaria, y, por desgracia, olvidadizo tambien de los límites que Dios ha marcado al ardor del hombre.

Era un audaz pescador á quien sus compañe-

ros apellidaban *el Pese* (el pez), porque pasaba su vida en el agua, y día y noche nadaba sin descanso en las tibias olas de la Sicilia. Este hombre temerario, animado con las palabras de la princesa, se arrojó desde la punta de la roca en que el rey estaba sentado, desde el mismo sitio en que pisaban los pies de aquella saluadora jóven, y el abismo, entreabierlo un instante para recibirlo, apareció mas terrible que nunca; pero bien pronto las espumosas olas se replugaron detrás de él: todas las miradas quedaron fijas en el punto en que *el Pese* se había sumergido, todas los pechos estaban comprimidos por una dolorosa angustia, todos los labios mudos como la tumba. De repente una forma blanca apareció encima de las tenebrosas olas, un brazo lustroso se vió agitarse, y unos largos cabellos negros flotaban sobre un cuello nervioso. El brazo respira todavía el aire libre; sus ojos se levantan á la bóveda celeste; su boca murmura una religiosa expresión de reconocimiento. A su vista resonan á lo lejos mil aclamaciones de sorpresa, mil gritos de alegría; pero cuando todas las miradas se volvieron hacia él que ha osado tentar lo que ningún hombre había tenido valor para hacer todavía, y penetrar los secretos de Dios, ya no se le vea: las enfurecidas olas han recobrado su presa: el implacable abismo ha vuelto á cerrarse sobre su víctima. Desde entonces las olas silban como siempre, braman con furor, se estrellan espumantes contra los peñascos que parecen desear destruir, sin que se haya vuelto á ver al temerario buzo (1).

¿Esta tradición de la edad media, no es como una historia de los tiempos presentes? Todavía no conocemos los misterios del Océano, y sin embargo, este inmenso pélagos, absorbe sin cesar una innumerable cantidad de víctimas, porque su aparente reposo, no es mas que una calma péfida: bajo su engañoso espejo, se perpetúan la agitación y los combates. El Océano no es, como lo representaban los antiguos, ese apasionado amante que enlaza á la tierra en un tierno abrazo: no. Al contrario la da rudos alapes, la descarna, la mina, está en una lucha eterna con ella. Aun, cuando parece mas tranquilo, prosigue infatigable su obra de destrucción: escuchad y oiréis el sordo murmullo de las olas que azotan las arenosas orillas de la bahía: mirad con atención y vereis al coloso moverse y respirar como un ser animado. Para este infatigable elemento no hay ni sueño ni reposo: de la misma manera que el arroyo salta noche y día de roca en roca, para el Océano no hay ni tregua ni descanso.

Su continua agitación no se manifiesta todavía de la manera mas sorprendente cuando sus aguas se rozan al soplo del viento, ni cuando se sublevan al choque impetuoso de la tempestad: la tormenta fiera, el huracán, el mismo torbellino, no son mas que juegos de niños comparados con la acción de ese silencioso, regular y gigantesco movimiento con que las aguas del Océano, se elevan hasta el cielo y vuelven á caer en las profundidades del abismo.

Quando el sol lanza sus abrasados rayos sobre el espacio acústico, millones de gotas, imperceptibles á nuestros ojos, se desprenden del seno de los mares y suben en alas del viento hasta la celeste bóveda para volver bien pronto al inmenso centro de donde salieron. Estas pequeñas partículas se reúnen en nubes, corren por el espacio, y caen, ora en una impetuosa tempestad que lleva en sus entrañas la destrucción y la ruina, ora en una lluvia saludable que refresca y fertiliza la tierra, ora, en fin, en perlas de rocío, que brillan en el cáliz de las flores y contieñen sobre las hojas de los árboles. La tierra sedienta, aspira con avidéz estas lluvias bienhechoras que penetran en su seno por una multitud de arterias invisibles, y llenan sus desconocidos depósitos; pero llega un día en que estas mismas aguas se escapan por una grieta y saltan á los barrancos: el arroyo se junta á los arroyos, y los rios formados por estas afluentes se lanzan de lo alto de las rocas, flanquean los precipicios y se esparcen por los valles.

Allí sometidos á la ley del hombre, se hacen esclavos de su industria y vuelven despues

(1) Esta tradición es la que Schiller ha reproducido en su pética balada del *Pese*.

al Océano, de donde salieron, cargados de mariscos.

¡Con qué tranquilidad y con qué silencio cuempe su obra la naturaleza! Estas prodigiosas emanaciones de las mares, se operan sin que la vista las perciba, sin que el oído las escuche, y el tercio de calor que el sol da á nuestros globos, basta para trasportarlas de la superficie del Océano á la region de las nubes; y cuando esta masa de agua levantada por un poder invisible, ha servido á las necesidades del hombre, y vuelve á su centro primitivo, queda cumplido uno de los fenómenos regulares de nuestro globo, uno de las perpetuas mezclas de la tierra, del agua y de la atmósfera.

Pero el fiero Océano, caló sometido todavía á otro poder: la fuerza misteriosa que liga la constelación con la constelación, el planeta con el planeta y que hace volver á su foco central al cometa, constituyendo un grande universo con esos diferentes mundos, la fuerza de atracción: en fin, ejerce tambien su imperio sobre las aguas y les imprime un rápido movimiento.

Quando los compañeros de Nearco llegaron á la embocadura del Indus, nada escitó tanto su curiosidad en esta admirable region, como el flujo y reflujo de las aguas, en razon á que no habían podido observar este fenómeno en las costas de la Grecia y del Asia Menor; pero bien pronto reconocieron la conexión de este cambio con las fases de la luna. Mas potente que el sol, por la razon de que está mas inmediata á la tierra, la luna levanta sobre el espacio sin límites del Océano Pacifico, una ola de algunos pies de altura y la arrastra tras si en su marcha aérea. Esta ola inofensiva, rueda al principio apaciblemente por la superficie del Océano; pero he aquí que por un lado encuentra la Nueva Holanda, por el otro la costa del Asia meridional, y comprimida entre estas dos tierras, la inmensa corriente se precipita hácia la costa de Africa. Una hora despues de salir la luna, á la altura de Greenwich, alcanza á Foz y á Marrakech: dos horas mas tarde pasa al estrecho de Gibraltar y sigue la costa de Portugal. A las cuatro horas, se arroja en el canal y recorre la costa occidental de Inglaterra: allí las rocas de Irlanda, y despues las numerosas islas de los mares del norte, detienen la rapidez de sus movimientos, de manera que no llega á Noruega sino despues de una carrera de ocho horas.

Otro brazo de la misma corriente se precipita á lo largo de la costa occidental de América con una velocidad de 120 millas por hora: de allí, marcha hácia el Norte, donde, oprinidas las olas por todos lados, se elevan algunas veces á una altura de ochenta pies, como sucede con mucha frecuencia en la bahía de Fundy. Las mas violentas tempestades no pueden producir un efecto semejante: en el sitio mas tempestuoso de la tierra, en el cabo de Hornos, los mas fuertes huracanes, no levantan las olas mas que á treinta pies de altura.

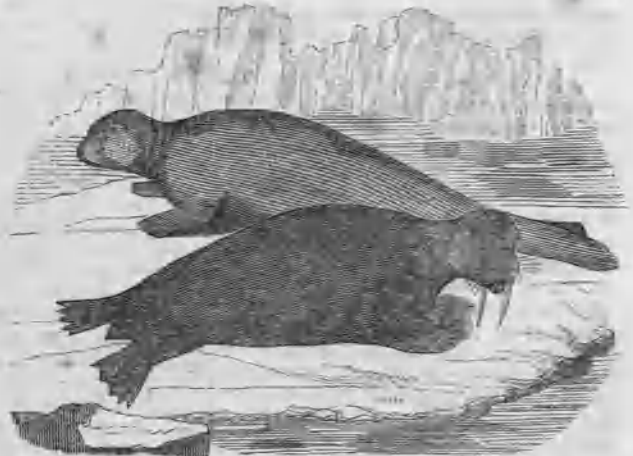
Menos observado y menos conocido todavía es el tercer gran movimiento que se opera en la calma aparente del Océano, porque aquí, como en todas partes, este movimiento es su vida, y esta revolución que jamás se detiene y que jamás concluye, es producida por el calor del sol. El agua, como todos los cuerpos, se contrae y se hace mas pesada cuando la temperatura baja, pero solamente hasta cierto punto, hasta tres grados de Réaumur. Tal es el calor invariable del Océano á una profundidad de 3,600 pies y mas abajo. Si la temperatura es mas fría, el agua se aligera de tal suerte que en el punto de la congelación se dilata y pesa mucho menos que en el estado líquido. De esta ley particular resulta el curioso movimiento continuo del Océano, la ascension y la caída del agua que se contrae ó se dilata según las variaciones de la temperatura, resultando de aquí corrientes que forman un extraño contraste con la superficie apacible que atraviesan. Mr. de Humbold cuenta en sus apuntes de viaje, que, en Trujillo, las aguas mansas están á veinte y un grados de calor, mientras que la corriente de la costa peruana no presentan mas que ocho grados. Siguiendo rectamente el marinero con su barca el borde de esta corriente, puede bañar á la vez una de sus manos en agua fría y la otra en agua caliente.

¡Cuántas otras maravillas mas admirables están



León marino.

Oso marino.



Gran foca.

Morsa.

ocultas bajo el risueño azul de los mares! El hombre al surcar con su frágil embarcación el inmenso espacio del Océano, no piensa que allí, bajo sus pies, hay espléndidas florestas, verdes praderas, soberbias montañas y focos volcánicos. Si, el mar tiene sus montes y sus laderas, sus valles y sus campiñas: aquí áridos y desnudos, allá cubiertos de una lujosa vegetación: el mar oculta en sus insondables profundidades una desigualdad tal de terreno, que no tiene semejanza con nuestros continentes. En el Atlántico, al sud de Santa Elena, el comandante de la fragata *La Venus*, no ha hallado el fondo del mar, sino á una profundidad de 44,556 pies, que es la altura del *Mont Blanc*.

En su expedición al polo del Norte, el capitán Ross ha conseguido hacer descender la sonda hasta 27,600 pies (lo que representa un espacio de cinco millas), sin que á esta profundidad haya encontrado el fondo del agua.

Así, pues, si el Sinai se colocase allí, en la punta de Dawalaghiri, no podría elevar su cima sobre las olas; y en estas mismas fabulosas profundidades se levantan montañas, rocas, escollos, risueñas islas cubiertas de verdura.

Nosotros no podemos admitir la antigua imagen de la *terra firma*, en oposición con la móvil naturaleza del mar, porque recientes descubrimientos nos demuestran que la tierra es la que varía y que el imperio de las aguas es estable. El Océano guarda siempre un mismo nivel; pero como en los continentes se operan con mucha frecuencia elevaciones y hundimientos del terreno, podría justificarse un hecho semejante al fondo de los mares. En los del Sud, este doble fenómeno se opera alternativamente en épocas determinadas.

Entre las comarcas que en nuestro globo están en decadencia, debemos citar en primer lugar á la Nueva Holanda, que lejos de ser una tierra fértil y nueva, es, con sus extrañas flores, tan diferente de las del resto del mundo, y con sus curiosos animales, una vieja y decrepita isla que el Océano devora y sepulta poco á poco.

¿Qué maravillosos arcanos ocultan las misteriosas regiones del Océano! Aquí se hallan los abismos salpicados de rocas, de restos de navios, de cadáveres humanos: allá está sepultado en el cieno, el bronco de las batallas, el cofrecito lleno de oro del Perú, junto á un montón de esqueletos de todas las costas, de todos los climas. Aquí se encuentra el cráneo del bravo navegante, al lado de la colosal concha de la tortuga: allá reposa el harpon del pescador,

junto á las barbas de la ballena. Millares de pescados de diferentes formas y colores se reúnen en un inmenso grupo, y sobre sus cabezas pasan en silencio centenares de insectos microscópicos, mientras que los enormes cetáceos y el voraz tiburón, cazan delante de ellos legiones de espantados arenques.

Aquí el mar se agita espumoso alrededor de cordilleras de bizarra forma, y de rocas monstruosas: allá se estienda y se ensancha apaciblemente sobre un lecho de blanca y menuda arena. Por la mañana las oleadas de la marea, se precipitan violentamente contra los picos de los Alpes sub-marinos, ó pasan bramando á través de antiguas florestas; y por la noche se adormecen en rayos de luz sobre la superficie del espantoso abismo.

se efectúa en silencio, no se oye ni el mas leve grito de guerra, ni la mas pequeña exclamación de angustia turba el eterno silencio, ningún accidente de triunfo se eleva por encima de las aguas. Los combates se empeñan y se deciden en un profundo misterio. Alguna vez se adivinará alguna de estas mortales batallas por la sangre de que las aguas se tñen un instante: alguna vez aparecerá un cetáceo moribundo en la superficie de las olas, luchando con la última convulsión; pero no se crea por esto que á causa de esos perpétuos conflictos, las profundidades marítimas no ocultan mas que escenas de desolación. Al contrario, la vida, ese elemento el mas admirable y mas variado de la creación, abunda en el Océano, que encierra una multitud de animales, desde los microscópicos insectos, hasta los mas colosos monstruos.

Junto á las áridas rocas de Spitzberg, al lado de las inhospitalarias playas de la Tierra Victoria, allí donde el suelo no produce, ni aun la mas humilde planta, allí donde no se ve ningún renjifero, y donde el oso polar no puede procurarse su subsistencia, el mar está cuajado de ovas y de conchervas, donde millares de pequeños seres vivientes encuentran su alimento.

Las cristalinas aguas del arroyo que serpea en la pradera, no son mas limpiadas que las del Océano: sus tintas varían á cada rayo del sol que las hiere, al reflejo de cada nubecilla que pasa, y algunas veces sus olas transparentan el fondo de su lecho; pero sus colores mas vivos proceden de las plantas y de los insectos que oculta en su seno. En el mar Artico,



La ballena coman.

El Océano, es un vasto osario, donde están colocados en espesas capas, millones de cadáveres, porque bajo el trasparente velo de las aguas, no hay mas que una guerra incessante, cazas salvajes, sangrientos combates, odios implacables: los habitantes del Océano no pueden vivir mas que por la destrucción.

Allí, en las profundidades del mar, hay tambien sus razas de lobos, de tigres y de leones que llegan á adquirir proporciones colosales y que devoran generaciones enteras de pequeños animales. Una innumerable cantidad de pólipos y de medusas, estendiendo sus redes, sorprenden por millares los estúpidos cangrejos, mientras que la ballena engulle de un golpe toda una bandada de animalejos. El pez-espada y el león de mar persiguen al rinoceronte y al elefante del Océano Pacifico, en tanto que la pega se agarra á la grasa del atun. En estas profundidades acuáticas, todos los seres cazan, matan ó son muertos por otros; pero la lucha

una larga cinta de un color de oliva subido, pasa en línea recta á través de un puro azul ultramar. En la costa de Arabia se estienda una línea verde tan clara y tan distinta que se ha podido ver un navio flotar á la vez en el agua verde y en el azul. La mar granate de California, recibe su nombre de la tinta particular que la prestan sus insectos: el color del mar Rojo, pasa del delicado matiz del clavel, al brillo de la púrpura, segun que las legiones de animalillos que lo pueblan se mueven por bandadas mas ó menos numerosas y mas ó menos compactas. Otras masas de pequeños animales tñen las aguas de los Maldives de negro, y las del golfo de Guinea de blanco.

(Se continuará.)